

cuidó de más que de procurar "la fiel correspondencia, en un todo, de lo impreso con lo manuscrito" como él mismo dice. Toda persona que haya dado á la prensa una obra sabe que la última mano se reserva siempre para la hora de leer las pruebas, y este beneficio faltó al trabajo de Beristain. Es indudable que él no habría dejado fechas en blanco, ni permitido que el impresor omitiera en el artículo *Torres* (D. Luis) la mitad de la inscripción que compuso el mismo Beristain para colocarla en la Biblioteca de esta Catedral, quedando la otra mitad sin formar sentido, como era consiguiente; ni dejado sin corrección tantas erratas tipográficas como afean la edición, y que por desgracia son muy frecuentes en las fechas, y así de otras muchas cosas. La *Biblioteca* es una obra póstuma y eso dice ya mucho en su defensa. Cuarenta años llevamos de censurarla; pero no hemos hecho otra mejor. Quien trate de juzgar imparcialmente á Beristain, emprenda, no ya levantar el edificio desde sus cimientos, como él hizo, sino sólo corregir sus imperfecciones. Entonces confesará que el autor es más digno de elogio por lo que hizo, que de censura por lo que hizo mal ó dejó de hacer:

Catrocientos setenta *anónimos* apuntó Beristain en el resumen que formó al fin de su

prólogo: pero en la copia manuscrita que tengo de ellos se encuentran 485 (no 370 como equivocadamente dije en el Diccionario Universal de Historia y de Geografía), tal vez añadió algunos después de impreso el prólogo. Están divididos por materias y se incluyen en ellos muchos del catálogo de Boturini, y algunos de los citados por Clavijero. A la lista de los *anónimos* sigue una noticia de los "Certámenes públicos literarios que se han celebrado en la Nueva España," la que concluye con el catálogo de los sujetos premiados en ellos, que ascienden á 330. Esto es todo lo que tenemos de Beristain; los *índices* no han llegado á mi noticia.

Ya pocos años después de publicada la obra, se quejaba en 1827 el Dr. D. Félix Osoreo de la falta de algunos artículos, y de omisiones de escritos de autores ya incluidos. Dejó manuscritas el Sr. Osoreo varias adiciones y correcciones, de que tengo copia, y que en general valen poco ó nada: la más notable es una noticia de los escritos de D. Diego Panes. Trae una lista de impresos de México, llena de equivocaciones y después de criticar á Beristain porque había dado lugar en su Biblioteca á muchos autores de obras insignificantes, olvidó de tal modo esa propia crítica, que en sus no-



tas incluyó como escritores á los congresos porque habían publicado las actas de sus sesiones, y á muchos diputados porque corría con su nombre un *dictamen*, un *voto particular* ó un *proyecto de reglamento*. Beristain censuró á Eguiara, y tropezó en el escollo que había señalado: lo propio sucedió al Dr. Osores respecto á Beristain.

En Octubre de 1842 se publicó en el "Siglo XIX" el prospecto de una nueva edición de la Biblioteca. Nunca llegó á comenzar la publicación, y el proyecto quedó abandonado. Parece que de la nueva impresión se había encargado el Pbro. D. Juan Evangelista Guadalajara: tengo á la vista el ejemplar de su uso *plagado* de notas y apostillas. Y á la verdad, si el editor no tenía hecho por separado algún otro trabajo, sino que la impresión debía hacerse por el ejemplar que había anotado, es de celebrarse que no tuviera efecto.

Hasta ahora, pues, no existe más que la primera edición de una obra, que sean cuales fueren sus defectos, es preciso repetir que es el único trabajo que existe sobre una materia tan importante. En vez de censurarlo desapiadadamente, ocupémonos en mejorarlo.

Las observaciones que antes he hecho se fundan en el supuesto de que se trata de

una *reimpresión*, según lo propuesto á la Sociedad y acordado por ella; en cuyo caso es preciso conservar el trabajo de Beristain, corrigiéndolo solamente y ampliándolo en lo que fuere menester. Pero juzgo que el resultado sería de todos modos imperfecto, y quedaría casi perdido el no pequeño trabajo que en ella se emplease. La época actual pide ya otra cosa. Propondría yo que lo hecho por Beristain se considerase sólo como un material acopiado, de que puede disponerse libremente, tomando y desechando según convenga; y que reunido á todo lo demás que se recogiese, sirviera para levantar un monumnto nuevo á la literatura nacional.

Primera ventaja de esa libertad sería la de poder deshacerse de algunos artículos realmente insignificantes, y que sólo sirven para abultar la obra, sin aumentar su mérito. La Biblioteca de Beristain contiene ciertamente muchos de esta clase. Ya el autor se disculpó anticipadamente de este cargo diciendo en el prólogo que su Biblioteca no era selecta, sino histórica y universal. A pesar de esa excusa convendría de todos modos desechar una parte de ella, pero procediendo por un método arreglado y juicioso. Propendemos naturalmente á mirar como de mayor mérito y utilidad lo que toca al



objeto de nuestros estudios particulares, disponiéndolos á despreciar sin razón aquellos escritos relativos á otras facultades. Es evidente que un aficionado al estudio de la historia patria conservará con todo cuidado los nombres de los autores de simples relaciones de los sucesos, las describirá con puntualidad, y discutirá las fechas de las ediciones, al paso que no se detendrá en desterrar la mayor parte de los escritos teológicos, considerándolos como disputadores inútiles. Lo propio piensa cada uno en su caso, y si la eliminación necesaria en la obra de Beristain hubiera de hacerse por el parecer de sólo un individuo, es más que probable que la obra en vez de ganar perdería.

No veo por otra parte un gran mal en dejar correr algunos artículos de menor importancia. En libros de esta clase no daña el exceso de noticias: lo lamentable es la falta de ellas. Dispuestos como están, por orden alfabético, cada uno encuentra con facilidad lo que necesita saber, y no le molesta lo que sobra. Unos cuantos pliegos más, tampoco aumentan el precio del libro al paso que un dato biográfico ó bibliográfico que se desecha por insignificante, puede ser sumamente útil al que se ocupa en un trabajo especial.

Hay en Beristain una parte que dudo si

debiera suprimirse, aunque me inclino á la afirmativa. Es la que se refiere á las Antillas y á Guatemala, que trabajó para cumplir con el título de Biblioteca Hispano-Americana *Septentrional*, pero que, como era natural, resultó aún más diminuta y defectuosa que la parte puramente americana. Desde luego convengo en que es un asunto que no nos toca, y que en la imposibilidad en que nos hallamos de tratarlo debidamente por falta de datos, es preferible su total omisión. La única objeción que se presenta es el estrecho enlace que tiene la historia de Guatemala con la nuestra, en la época de la conquista y aun después. Como país vecino nos interesa conocerlo, y por lo menos nos hace falta la noticia de los autores que han escrito en lenguas de aquellos indígenas, puesto que alguna de ellas se habla también en nuestros departamentos meridionales. Si se quiere hacer una transacción entre ambas opiniones, podría dejarse lo que de Guatemala trae Beristain procurando mejorarlo hasta donde fuese posible, aunque sin empeñarse tanto en ello que fuese un motivo de retardo para la conclusión del trabajo.

Otra clase de artículos hay que deben desterrarse de una *Biblioteca*, y son los de aquellos personajes que por más notables



que se hayan hecho en su carrera, no pueden considerarse en manera alguna como escritores. Me vienen desde luego á la memoria los nombres de Pedro de Alvarado y Nuño de Guzmán, muy célebres sin duda por sus hechos, pero que sólo deben el lugar que ocupan en la Biblioteca de Beristain, el primero á dos cartas que escribió á Cortés, y el segundo á una relación de su conquista, que se cita sólo de oídas. Es probable que ni aun esto poco fué redactado por ellos mismos, sino por sus secretarios; y en verdad que el autor del más insignificante sermón ó alegato tiene mejor derecho al lugar que ocupa en el libro.

De esta consideración se deduce naturalmente que si el trabajo que ahora se desea emprender tiene por principal objeto dar á conocer los hombres notables que han nacido ó residido en el país, una Biblioteca de Escritores está muy lejos de producir ese resultado. Muchos son los hombres dignos de memoria que nada han escrito, ó han sido tan poco, que no pueden contarse entre los escritores. ¿Dejaremos por eso que caigan en el olvido? ¿Sólo escribiendo se da honor á un país? ¡A cuántos nombres de los que figuran en Beristain no es superior el de un Cristóbal de Oñate, que nada escribió ciertamente; pero que en valor, pruden-

cia y acierto cederá á pocos de los que vengan á hacerle compañía!

Así, pues, para que el servicio que se intenta hacer al país le sea en verdad útil, no debe limitarse á una Biblioteca, sino extenderse á un *Diccionario Biográfico y Bibliográfico de México*. Naturalmente tendrán en él cabida los escritores, y nada impide redactar con esmero la noticia de sus obras, de modo que al mismo tiempo se tenga una Biblioteca.

La necesidad y conveniencia de semejante trabajo no puede ponerse en duda. Sería pretensión ridícula afirmar que nos hallamos en disposición de presentar un cuadro brillante que rivalice con el que ostentan las naciones cultas de Europa. Aislado este país del resto del mundo en los tiempos anteriores á la conquista, no tenía más que una existencia mezquina, alimentada sólo con los recuerdos de las naciones que sucesivamente lo habían habitado y cuya herencia había recogido la última muy imperfectamente por la falta de conocimiento de la escritura. No había cambio de ideas con otros pueblos, y la inteligencia no se iluminaba con el contacto de otras civilizaciones más adelantadas. La forma de gobierno, completamente despótica, en nada favorecía sino que retardaba el desarro-



llo intelectual. Y aun lo poco que aquel pueblo alcanzaba nos es casi desconocido, porque sus monumentos aun no se estudian y sólo lo sabemos vagamente por el conducto no muy seguro de los misioneros, que acaso no comprendían con toda exactitud lo que querían decirles los nuevos conversos, cuando les trasmitían la tradición oral ó trataban de explicarles la escritura geroglífica.

La conquista fundó un pueblo nuevo, que es el mismo que hoy existe después de haber atravesado por tres siglos de un aislamiento poco menos riguroso que el de su predecesor, y por cuarenta años de guerras, desórdenes y crímenes. Su condición, pues, no ha podido ser más desfavorable para el desarrollo intelectual. Nacido en una época en que la Europa entraba ya en la era de la civilización moderna, no podía menos de seguir los pasos de la nación que lo había formado, y que marchaba entonces al frente de todas las demás. Así es que nuestra vida tenía que ser por precisión un reflejo de la vida de España; y acaso esta lejana colonia participó proporcionalmente menos de lo que debía esperarse, de la decadencia profunda de la metrópoli al terminar el siglo XVII: la inmensidad del Océano amortiguaba el choque de aquellas agi-

taciones, y atenuaba el funesto influjo de aquel pésimo gobierno. Mientras que la Europa cuenta, pues, por decenas de siglos sus anales, y esconde su origen en la noche de los tiempos, nosotros, pueblo de ayer, contamos poco más de tres siglos de existencia.

No debemos, por lo mismo, avergonzarnos de presentar nuestro pequeño caudal. Pobre como es, aun aparecerá muy superior á lo que se cree y espera de nosotros fuera del país. Nuestra última terrible revolución nos ha desacreditado á los ojos del mundo, que nos tenía olvidados, y al que por primera vez nos anuncia el ruido y escándalo de nuestros excesos. Estos, dicho sea de paso, aunque enormes y profundamente deplorables, no han sido mayores que los de esas mismas naciones que tanto afectan escandalizarse de ellos. Pero hemos venido al último, cuando las generaciones que alcanzaron en otros países la tormenta duermen ya en el sepulcro y no pueden pintarnos con la energía y verdad de los que las han sufrido, las calamidades que sobre ellas llovieron para proporcionar la felicidad de sus sucesores, que hoy olvidan el mal pasado y ajeno, para gloriarse y aprovecharse del bien que al cabo produjo. Ahora que nuestro horizonte comienza á des-



pejarse y el mundo se acuerda de nosotros, conviene en alto grado hacerle ver que si hemos pasado por las amargas vicisitudes comunes á todos los pueblos, no hemos estado sumidos en la barbarie, como pregonan algunos que no se toman el trabajo de estudiar para escribir.

De seguro que el *Diccionario Biográfico y Bibliográfico de México* no será un catálogo de héroes: ninguna nación lo tiene. Pero aun cuando confesemos con noble franqueza nuestra inferioridad, respecto de las viejas naciones de Europa, esforcémonos á hacer lo que ellas, en cuanto lo permite nuestra condición. De grandes nombres pueden aquellas gloriarse, y se glorian; así es que los presentan, los colocan á la mejor luz posible, los popularizan de mil maneras, los hacen valer en fin. Sus biografías se escriben en extenso para los literatos, en compendio para el pueblo, entran en las colecciones que todos los días se publican, y los escritos de aquellos autores se reimprimen sin cesar en ediciones de todos tamaños y de todos precios. Cuando no hagamos tanto, no tengamos tantas riquezas, por lo ménos (y no es mucho pedir) formemos una obra sola en que se encuentren reunidos los nombres de los que han sobresalido en nuestro país.

Tal es el objeto de un *Diccionario Biográfico y Bibliográfico de México*, obra digna como la que más de ocupar nuestra atención. Es en verdad difícil, mas no imposible. Todo depende del plan que se adopte, y que debe tener dos circunstancias: acertado y practicable. Con frecuencia quedan sin ejecución los trabajos proyectados, por quererlos perfeccionar sin término.

He ocupado demasiado tiempo la atención de la Sociedad. Temeroso de cansarla, no me atrevo á exponerle mis ideas acerca del plan que convendría adoptar para llegar al término deseado. Pero si ella recibe con su acostumbrada benevolencia estas observaciones, quizá tendré la honra y la satisfacción de conitnuarlas.

México, Marzo 26 de 1864.

